

# EL CONTEMPORANEO.

Edición de Madrid.

MADRID. — 42 rs. al mes en la Redacción, Administración y demas oficinas del periódico, establecidas en la calle de Trágueros (Prado), núm. 20, entresuelo. También se suscribe en las librerías de Bailly-Baillière, calle del Príncipe, núm. 11; Cuesta, calle de Carretas, núm. 9; Lopez, calle del Carmen, núm. 29; Durán, Carrera de San Gerónimo, y en todas las demas principales librerías de esta corte.

Madrid. — Sábado 1.º de Marzo de 1862.

PROVINCIA. — 45 rs. al mes y 45 el trimestre; pero es indispensable poner el importe en la Administración por una persona, ó enviárselo directamente en letra, libranza ó sellos de correos, porque las suscripciones indirectas en las Administraciones de Correos y Principales librerías, ó sirviendo esta empresa contra el suscriptor, cuestan 50 rs. el trimestre. — Ultramar 80 rs. trimestre, y Estranjero 20 rs. al mes.

Año III.—Número 364.

## MADRID.

28 DE FEBRERO.

La historia del vicarismo es una de las más peregrinas historias que podrán contarse á las generaciones futuras, y una de las mayores anomalías en este país donde tantas y tan grandes ocurren.

Cuatro años han pasado como un relámpago sobre la vida ministerial del gabinete, y no estrañaremos que pasen los ocho consabidos, porque esta es la época de las cosas raras.

¡Hay nada más raro que la carrera política del conde-duque, y sin embargo, pasa y pasará S. E. dirigiendo los negocios públicos, contra el torrente de la opinión, y á pesar de sus continuos errores?

¡Bienaventurados los inconsecuentes, porque de ellos es el reino ministerial! En esta frase está comprendida toda la historia de la situación.

La divinidad unionista dijo: «Hágase la luz,» y la luz fué hecha, que es como si dijéramos: «Hágase el vicarismo,» y fué hecho el vicarismo.

Porque para hacerlo, solo se necesitaba que desertasen los débiles de fé y tibios de corazón de los antiguos partidos, agrupándose á la bandera levantada por el conde-duque.

«¡Ya he disuelto los partidos!» exclamó el conde-duque, al ver á su alrededor un enjambre de pretendientes. Y lo que había disuelto era su propia consecuencia y la de sus partidarios.

El vicarismo fué una especie de plumero con que el conde-duque sacudió los partidos existentes, dejándolos, como suele decirse, limpios de polvo y paja.

Pero el grano ni se lo ha llevado S. E., ni tampoco le convenia llevarlo, porque al fin y á la postre, en la tierra de los ciegos el tuerto es rey, y por esto el general O'Donnell es jefe de los vicaristas.

De aquí resulta que nadie ve mas que por el ojo del conde-duque, y el dia que ese ojo se cierra, todos se quedan á oscuras.

Pero los vicaristas importa no se cierre la nómina, lo demás les importa un comino, que ellos siguiendo el refrán: *cuando una puerta se cierra cielos se abren*, accehan de continuo dónde pueden introducir las narices para oler lo que guisan, y aun para gustarlo si se proporciona.

Como sobre gustos no hay nada escrito, al país no le gustan las inconsecuencias y las apostasias, y por eso le trae tan disgustado el vicarismo.

También está disgustado el ministro de Fomento al ver que no puede meterle el diente á la influencia del Sr. Posada, y que la suya pierde terreno á cada paso.

El marqués de la Vega de Armijo era un jóven que prometia; pero se quedó, como el conde-duque, en las *promesas*, sin que lleve trazas de realizarlas.

De modo que el Sr. Posada le impone sus pensamientos, y le dirige, como dirige á los demas individuos del gabinete, y el jóven marqués se dobla, como es justo, á la *trastienda* de su compañero.

Por eso el Sr. Posada va tomando tanto vuelo y hasta se atreve á decir chistes, como hoy que le ha dicho al Sr. Salazar, para probarle atraso en sus ideas, que estaba aun en el *minué*.

Si se trata de bailes, S. E. está á todas horas en el *can-can* político mas desenfadado.

El Sr. Posada cree sin duda que la centralización es lo moderno, y en efecto, dice bien, porque lo mas *moderno* que ha ocurrido en este país, es la marcha reaccionaria del actual gabinete.

Lo que tiene es que como los *resellados* y demas personajes que apoyan al ministerio son *independientes* de posición y de voluntad, llaman *liberal* al gabinete y se quedan tan tranquilos.

Pero al hablar de *independencia* pide la palabra el Sr. Lasala para decirnos que ha renunciado un sueldo de diez y ocho mil reales que disfrutaba como administrador del ferro-carril del Norte, con el objeto de quedarse *independiente*.

Han de saber Vds. que el Sr. Lasala, tiene sobre *cien mil duros* de renta propia. «En qué poca tasa *su independencia* el Sr. Lasala! ¡Diez y ocho mil reales!»

«Si lo habrá dicho su señoría por picar el amor propio del Sr. Mon, que es presidente del Congreso y embajador en París, y *aún* *mais*, presidente del consejo de administración de una empresa de ferro-carriles?»

Uno de los primeros deberes de los hombres de Estado consiste sin duda en estudiar y comprender el espíritu de la época en que viven, no solo para satisfacer las necesidades que los pueblos experimentan, sino para dirigir en el sentido más conveniente al fin providencial de las sociedades las tendencias que en ellas se notan. Sabido es que todos los pueblos de Europa están animados hoy de un mismo espíritu, y que los principios proclamados por Francia en 1789 constituyen el eje de diamante al rededor del cual giran las naciones europeas y principalmente las que con mas ó menos exactitud se conocen con el nombre de latinas. No se puede dudar de que los países occidentales del antiguo mundo tienen, entre otras cualidades que los distinguen, una aspiración irresistible á la vida política, de tal manera, que todo induce á creer que su misión providencial consiste en resolver los grandes problemas de la organización social, ó por lo menos, en enseñar á los demas pueblos el camino que han de seguir en la prosecución de esta faz del progreso humano, que es la mas importante de todas, porque es como la síntesis que abarca y resuelve todas las demas.

Algunos espíritus débiles ó egoístas ponen singular empeño, en desconocer estas verdades, que son hechos prácticos que pueden fácilmente comprobarse, é intentan demostrar que el desarrollo de la humanidad es una corrupción, que el progreso es la ruina, y que el ideal de las sociedades no está en su porvenir, sino en su pasado.

Como la imaginación, así en los individuos como en las naciones, se alimenta de recuerdos que se nos presentan con formas y caracteres tanto mas agradables cuanto se refieren á cosas mas lejanas, los partidarios del pasado fabrican con imágenes que son obra suya una sociedad que nunca ha existido, y que suponen, sin embargo, que fué el paraíso que gozaron las generaciones que nos han precedido, hasta que la soberbia de los hombres, queriendo mejorar lo que existía, perdió, quizá para siempre, tanta felicidad.

Los individuos de esta, que no puede llamarse escuela, aspiran siempre y en todas partes á destruir por cuantos medios encuentran la obra maravillosa de estos últimos años, y aplauden con loco frenesí todo aquello que á su parecer es un retroceso ó una negación de los saludables y fecundos principios de la revolución moderna. Por esta razón, no solo vieron con simpatía, sino que ayudaron con toda su fuerza el entronizamiento de la dictadura en la vecina Francia, prestando sin duda un servicio grande á toda Europa, porque la civilización amenazaba salirse del camino práctico que debe seguir para precipitarse en el abismo, corriendo desatentada en pos de quimeras irrealizables.

Peró no podia ser dudoso para los que tienen fé en la razón y en el espíritu humano que el imperio francés no era la condenación definitiva de las libertades públicas y de los otros grandes principios que son base de la moderna civilización, sino solo un reposo, una interrupcion mas aparente que real en el magnífico desenvolvimiento de esa misma civilización.

Después de diez años de silencio despierta en Francia el espíritu público, y bajo nuevas formas ó bajo las que antes tenían, empezian otra vez á agitarse los grandes problemas que en dias mas felices embargaban la atención, y eran constante objeto de estudio ó de esperanza, así de los hombres pensadores, como de la muchedumbre, sin que hayan bastado á satisfacer las necesidades morales y la gran idealidad de ese pueblo, ni los triunfos militares de Crimea y de Italia, ni las lejanas expediciones al estremo oriental y á América.

Una mala comedia ha sido bastante para producir una agitación que ha estimado peligrosa aquel gobierno, y en los mismos dias, el pensamiento, comprimido por demasiado tiempo, ha encontrado una causa ó un pretexto para manifestarse por un lado, con motivo de las lecciones filológicas de M. E. Renan, y por otro, con ocasion de las discusiones del Senado.

¡Cosa singular! En París, lo mismo que en toda Europa, hay un pensamiento comun, una idea única, que es la clave de las mas ouestas manifestaciones, porque es una sola también la necesidad que sienten los pueblos en el momento actual de la historia, y quiera Dios que se conozca y satisfaga oportunamente por los que están encargados de dirigir las naciones: esa necesidad, que es al mismo tiempo la idea dominante de la época, es la libertad en todas sus formas, pero principalmente la libertad del pensamiento. Claro es que nosotros no entendemos la libertad como algunos mal intencionados ó ignorantes; la libertad no consiste en el anárquico ejercicio de las facultades humanas, ni en la satisfacción desordenada de los mas groseros apetitos, sino en el reinado de la ley y en la destrucción de todas las tiranías que no consisten mas que en el predominio de la voluntad de un hombre ó de una casta, que se substituye al derecho, única guía racional y norma exclusiva de la conducta de los individuos y de los pueblos.

Si nuestros gobernantes tuvieran verdadera noción de sus deberes, estudiarían con afán los sucesos que están ocurriendo del lado de allá de los Pirineos, y comprenderían que la corrupción y la fuerza pueden dar á los pueblos un periodo de aparente calma y hasta de desarrollo material; pero la actividad del espíritu, dormida durante algun tiempo, despierta al cabo con gran violencia, amenazando destruir lo que parece mas estable porque se fundó en condiciones opuestas á la naturaleza propia de las sociedades.

En medio de tales circunstancias, y cuando todo anuncia que nos hallamos en vísperas de grandes sucesos, porque el pasado y el presente quieren entrar de nuevo en batalla, es consolador observar que en el vecino imperio hay quien intenta hacer oír la voz de la razón en medio de la confusión de las gentes. Acabamos de leer un artículo muy notable, escrito en el *Diario de los Debates* por M. Saint-Marc-Girardin, que puede considerarse como la síntesis de lo que venimos diciendo nosotros todos los dias á este gobierno que corre desatentado por el camino de la reacción, para llevarnos tal vez á los mayores peligros.

Es peligroso sostener la posicion ambigua en que nos quieren colocar los actuales gobernantes; es preciso que sean una verdad práctica los prin-

cipios políticos, conquistados á costa de tanta sangre; es indispensable que se concilie el orden con la libertad, y que no se busque á las instituciones mas apoyo que el de la verdadera é ilustrada opinion del público, sin que se otorgue una prponderancia absurda á la fuerza, convirtiendo al gobierno en una oligarquía militar, ni dando el clero una influencia política que no es compatible con las tendencias de la sociedad moderna. Las dos milicias tienen su objeto propio, y la patria les debe grandes servicios; pero el abuso de su poder y de su influencia ha producido gravísimos males, dando lugar á escenas que deploramos y condenaremos siempre.

En 1815, cuando Napoleón volvia de su destierro, fué acogido con los gritos de *¡abajo los emigrados! ¡abajo la nobleza! ¡abajo el clero!* En España la revolución se inició manchándose con la muerte de algunos inofensivos religiosos; este precedente debiera enseñarnos que es preciso encerrar cada institución dentro de sus verdaderos limites, sopena de terribles sacudimientos; por eso queremos, por eso pedimos como remedio eficaz y como único preservativo de males futuros la libertad y el orden; por eso rechazamos el imperio de la fuerza y el influjo de la reacción, para que no llegue el desdichado caso de oír gritar á la plebe amenazadora, *¡abajo el soldado!* y *¡abajo el sable!* Nuestro deber es señalar el peligro é indicar el remedio, no pudiendo evitar el uno ni aplicar el otro. Abrigamos la lisonjera esperanza de que la opinion triunfará al cabo pacíficamente, y que llegaremos sin desorden al reinado de una libertad legal y justa.

Hay personas que tienen la dicha de no poder hablar sin decir alguna cosa que llame la atención.

El Sr. Lasala, jóven ministerial de la última promoción, dijo ayer en el Parlamento que habia dimiitido el cargo de administrador del ferro-carril del Norte para ser diputado independiente.

«¡Oh heroicidad sublime y digna de todo elogio! El Sr. Lasala, que según dicen tiene 80 ó 100,000 duros de renta ha sacrificado á su *independencia* 46 ó 48,000 rs. de sueldo.»

¡Bendito sea el Señor, y qué juventud ha dado á luz el resellado vicarismo! ¡Conque todos los que tienen que ganarse su vida trabajando con honradez no son independientes, ó no pueden ser diputados! ¿Qué independencia la de los ricos! Si no la conocieramos, no habiéramos oído con tanto desden las pruebas de sublime abnegacion del Sr. Lasala.

Desde el principio de la actual legislatura, notamos que los periódicos ministeriales acusan á la Cámara electiva de perder lastimosamente el tiempo, cuando no consagra toda su atención á satisfacer los deseos, buenos ó malos, del gabinete. Para los órganos del vicarismo, no hay cuestiones importantes que aquellas que suscita el gobierno, y los diputados abusan de su derecho, al poner sobre el tapete cualesquiera otras. Parece imposible que esto se escriba con el beneplácito, y aun el aplauso de hombres que tienen, entre varias pretensiones ridiculas por lo infundadas, la de haber restaurado el sistema parlamentario; pero es un hecho, y un hecho que presenciamos con profundo dolor.

Con motivo de los debates á que ha dado origen la interpelacion del Sr. Castro sobre el ferro-carril de los Altos, *El Diario Español* vierte lágrimas tan abundantes como puños, por el tiempo que malgasta el Congreso en examinar si una buena parte de España tiene derecho á la misma proteccion que el resto de la Peninsula.

En el número de ayer, dice:

«Una sesion mas dedicada al ferro-carril de los Altos. ¿Qué sucede, en tanto, con los importantes proyectos de ley que aguardan el examen del Congreso? Esperan que el Sr. Salamanca explique la situación y los compromisos de la compañía de Pamplona, y las utilidades del trayecto que intenta construir.»

«Los proyectos del gobierno, que en su inmensa mayoría duermen en el archivo, porque las comisiones son un campo de Agramante, no esperan eso, pues la cuestión que se debate es mas alta, mas trascendental para el porvenir de algunas provincias, que la situación de una empresa particular, á quien ni el Sr. Salamanca, ni nadie, ha querido defender. *El Diario Español* altera á su gusto la verdad histórica, y ademas, carece de razon para dolerse de un espectáculo que realiza el prestigio del Parlamento, según observa *La Epoca* en estas líneas:

«Surge también de estos debates una reflexión altamente favorable al adelantamiento del régimen representativo en España. Pocos veces hemos visto á una Asamblea española seguir mas atentamente, por espacio ya de varios dias, una cuestión de grandes intereses materiales, y en la cual no puede decirse que se obedezca solo á un sentimiento político, puesto que partidos, fracciones, mayorías y minorías están, como en la prensa periódica de la capital, confundidos en esta cuestión.»

Dice *La Correspondencia*, como contestacion al parecer á un artículo nuestro:

«El gobierno de S. M. se halla resuelto á no separarse en un ápice de los compromisos contraídos por la España en el tratado de Londres. Va á Méjico á buscar la salubridad de los agravios que aquella república ha hecho á los españoles, y garantiza de que no volverán á reproducirse, mediante el establecimiento de un gobierno estable y nombrado libremente por los mejicanos. Veria con gusto, ¿y cómo no? que si los mejicanos adoptasen para su gobierno la forma monárquica, la persona elegida fuese de nuestra raza, de la familia real de España, de educación liberal, pero el gobierno de S. M. piensa y sostendrá, por lo que hemos oído, que los aliados no deben hacer otra cosa en Méjico que garantizar á los mejicanos el libre ejercicio de su derecho para darse el gobierno y el rey que tengan por conveniente, y que no conviene á la España llevar pretensiones dinásticas.»

Esto mismo ha manifestado el gobierno en las Cortes, y por consiguiente, *La Correspondencia* podria haberse aburrado el tiempo y el trabajo de repetirlo; pero de tales ambigüedades aparece que el gobierno no quiere plantear con claridad la cuestion de Méjico. Es indudable que las otras dos potencias aliadas tienen el pensamiento de levantar un trono para el archiduque Maximiliano de Austria, y que trabajan ya para conseguirlo. O nuestro gobierno favorece los proyectos de Francia é Inglaterra en esta parte, ó no los favorece; en el primer caso, declárelolo francamente y contribuya, si lo cree justo, á que sean puestos los principios españoles; en el segundo, considere que condonarse á la inacción mientras los otros se mueven, es lo mismo que ayudarlos en la empresa. La timidez de los vicaristas, no osando si quiera formular una pretension patriótica en cumplimiento de sagrados deberes, desde mucho de sus alardes de españolismo y amor á la dinastía en cuestiones de un orden secundario. ¿Qué se perderia con que Francia é Inglaterra desvaneciesen las legítimas esperanzas del gobierno de S. M.? ¿Le privarian de la satisfacción de haber intentado, por lo menos, el logro de los deseos del país?

Las reclamaciones de indemnizacion de nuestros compatriotas en Venezuela siguen siendo desatendidas. Las espropiaciones continúan incesantemente: á nuestros compatriotas se les fuerza á tomar las armas, robándoles sus ganados y reduciéndolos, especialmente á los agricultores, á la indigencia. Para proceder sin duda con orden y evitarles medios de reclamacion, lo primero que se hace es romperles sus cartas de naturaleza, menoscabando las protestas del cónsul francés encargado de su proteccion.

## FOLLETIN DE EL CONTEMPORANEO.

### LOS DRAMAS DE PARIS

FOR

EL VIZCONDE PONSON DU TERRAIL.

SEGUNDA SERIE. — TERCERA PARTE.

#### EL TESTAMENTO DE GRANO-DE-SAL.

—Claramente.  
—Entonces, voy á complacerte.  
Y Octavio Cardassol apoyó familiarmente una mano en el arzon de la silla de Victor de Passe-Croix.  
IX.  
Octavio Cardassol tenia un aspecto burlesco que llenaba á Victor de sobresalto.  
—¿Qué vas á decirme? le preguntó.  
—¡Dios mío! Nada, si no quieres saberlo.  
—No: ¡habla!  
—Es que se trata de una cosa muy difícil de decir, amigo mio.  
—¿Por qué?  
—Porque eres tan susceptible...  
—Eso es según y conforme.  
—Y voy á verme obligado á dirigirte algunas preguntas.  
—¿A mí?  
—Es el medio mas conveniente para imponerte en ciertas cosas.  
—¡Habla! murmuró Victor, agitado por una ardiente y dolorosa curiosidad.  
—¿Qué edad tiene tu madre?  
Victor volvió á estremecerse.  
—¿Qué te importa? exclamó bruscamente.  
—Ya ves, amigo mio, que no hay manera de entenderse contigo. A la primera palabra te enojas.  
—He hecho mal. Tienes razon.  
—¡Ah! ¿Conviene en ello?  
—¡Si! Mi madre tiene treinta y siete años.  
—¿Sabes que es muy hermosa todavía?  
—Pasemos adelante, dijo Victor, cuyo corazón se heló.  
—¿Qué edad tiene tu hermana?  
—Diez y siete años.  
—¡Malo!...

Victor asió rudamente á Octavio por un brazo.  
—¡Cuidado! le dijo: ¡Si te proponas, eres hombre muerto! Traigo pistolas en las fundas.  
Octavio no contestó á esta brutal interrupcion, y continuó diciendo tranquilamente:  
—¿No hay en la Martiniere otras mujeres que tu hermana y tu madre?  
—No.  
—¿Ni una amiga, ni una visita?  
—Nadie.  
—¿Ni siquiera una camarera jóven y bonita?  
—No.  
—Entonces, escucha lo que voy á decirte, y trata de aprovecharlo.  
Victor estaba pálido: un sudor glacial corría por su frente: sus dientes se chocaban á impulsos de un terror misterioso.  
Quizás en aquel momento habria dado el jóven cuanto hay en el mundo por no haber interrogado á Octavio.  
Este prosiguió:  
—Todas las noches, como á las diez, salta un hombre la tápia de tu parque.  
El corazón de Victor dejó de latir; y sintió como si le clavasen agujas en las sienas.  
—¡Un hombre...! dijo: ¿le has visto?  
Su voz era sorda, ronca, dominada por una emocion horrible.  
Cardassol repitió con frialdad.  
—Le he visto.  
—Y... ¿ase hombre?...  
—Llega á caballo.  
—¡Ah!  
—Pero lo deja atado á un árbol, fuera del parque.  
—Y... ¿de dónde viene?  
En este momento reapareció en el semblante de Cardassol su irónica sonrisa.  
—Cálmate: viene del Oeste mas bien que del Este: de la casa de tus amigos mas bien que de la mia.  
—¿Qué mas? preguntó Victor, cuya crispada garganta apenas dejaba paso á las palabras.  
Cardassol prosiguió.  
—Después de saltar la tapia, dirigese el caballero á un pabelloncito que tú conoces perfectamente.  
—¿El pabellon del Agua?  
—¡Justamente! llama dando dos golpeitos, y se abre la puerta.  
—¡Oh! ¡Es falso! exclamó Victor: ese pabellon no está habitado.  
Cardassol se encogió de hombros.  
—Tienes y no tienes razon, dijo.  
—¿Qué quieres decir?  
—No tienes razon, porque yo he visto abrirse la puerta, penetrar el caballero y volverse á cerrar en seguida...  
—¿Lo juras?  
—Lo juro. Y tienes razon, porque algunas veces se retarda la persona que debe abrir la puerta.  
—¿Y entonces...?  
—Llega á toda prisa por una alameda de tilos que conduce desde el pabellon del castillo. ¿No es así?  
—¡Sigue! ¡Sigue! dijo Victor que estaba livido.  
—¿Qué diablos! ¿No sé nada de lo que pasa despues? exclamó Cardassol riéndose sardónicamente.  
—¿Pero quién es esa persona que llega del castillo?  
—Una mujer.  
—¡Basta! exclamó Victor bruscamente.  
Y asiendo la mano que Octavio apoyaba en el arzon de la silla, la oprimió violentamente.  
—Escucha! dijo: escucha lo que voy á decirte.  
—Habla: ya te escuchó.  
—Si es falso cuanto me has dicho, puedes considerarte como hombre muerto.  
—En ese caso, jamás he gozado de mejor salud. Todo es la pura verdad.  
—Y si refieres una sola palabra...  
—Hasta ahora nada he dicho á nadie.  
—¿Ni á tus hermanos?  
—Ni á mis hermanos.  
—Pues bien, dijo Victor, cuyo corazón latia violentamente; vas á jurarme por lo que te queda de honor, si es que lo tienen los Cardassol.  
—¡Victor! exclamó Octavio con irónico acento: eres tonto é ingrato... Te hago un servicio, y en cambio me insultas.  
Era tan justa esta reconvencion que llególe al alma á Victor.  
—Es verdad, hago mal; perdóname, dijo. Pero júrame que callarás.  
—Callaré hasta el dia que me intentes un proceso por cazar en tus tierras, dijo Octavio.  
Y levantando una mano, añadió:  
—¡Lo juro!  
Y como Victor guardaba silencio, fué á recoger la cobra montés, medio oculta entre los árboles, echósele al hombro, y tomó la escopeta.

—Adios, Victor, dijo: ó hasta mas ver:  
Y se alejó.  
Victor Passe-Croix, permaneció inmóvil en la silla empujado de la plazaeta, presa de una violenta emocion, y preguntándose si hacia bien en tomar una pistola y saltarse la tapa de los sesos.  
Pero á este arranque de dolor y desesperacion, siguióse muy pronto otro sentimiento mas dulce y tranquilo.  
—¡No! ¡No! se dijo: en la Martiniere necesitan de mí ahora mas que nunca; y si nuestro honor está en peligro, debo salvarlo yo.  
Victor hundió las espuelas en los flancos de su caballo Neptuno, y siguió el camino de la Martiniere.  
Distaba solo un cuarto de hora, y la carrera de Neptuno era casi fantástica.  
Sin embargo, tuvo tiempo bastante para dominar su emocion y quedarse tan tranquilo é indiferente como hace poco le vimos entrar en el salon donde se hallaban reunidos su padre, su madre y su hermana.  
Se recordará que murmuró algunas palabras al oído de su hermana al darle el brazo para bajar al comedor, y la turbacion que causaron á la jóven.  
Victor se mostró muy alegre durante la cena: refirió los diferentes episodios de la caceria de aquel dia; habló del oficial de marina, que le agradaba mucho; y hasta contó que aquella mañana habia encontrado á uno de los Cardassol cazando en vedado.  
Pero nada dijo de su conversacion con su hermana.  
Después de cenar, M. de Passe-Croix, según su costumbre, permaneció sentado á la mesa, fumando y bebiendo *grog*.  
La baronesa subió al salon y se sentó al piano.  
Victor dijo á su hermana:  
—Hace un calor insoportable en esta habitacion. ¿Vamos á dar un paseo por el parque, Flavia?  
—Con mucho gusto, repuso la jóven, cuyo corazón se oprimió.  
Y bajaron al parque, ambos silenciosos.  
Durante algun tiempo, siguieron la alameda principal sin proferir una sola palabra.  
Victor habia encendido un cigarro, Flavia caminaba con la cabeza inclinada sobre el pecho, y la mano temblaba sobre el brazo de su hermano.  
—Vamos por aquí dijo al fin Victor.  
Y la condujo hacia el pabellon del estanque, de que le hablara Octavio Cardassol.

Estaba construido con ladrillos encarnados, como todos los edificios de la Sologne; y en los dias de mucho calor solia bajar á él M. de Passe-Croix, con el objeto de border ó hacer labor.  
Rodeábalo un cercado impenetrable de follaje por tres de sus lados.  
Solo por el otro, que miraba al lago, era visible el pabellon.  
Delante de la puerta habia un banco de césped.  
—Séntmonos aquí, murmuró Victor.  
—Sea, dijo Flavia.  
Medió un nuevo espacio de silencio.  
Flavia temblaba como las hojas de los árboles en otoño.  
Victor no osaba hablar.  
Por último hizo un violento esfuerzo, y dijo:  
—¿Tienes la llave de este pabellon?  
Flavia se estremeció.  
—No, dijo.  
—¿Pues dónde está?  
—En casa.  
—Tú debes saber el sitio donde la pones.  
—Si; ¿mas por qué?  
—¡Oh! Por nada.  
Victor se mordió los labios comprendiendo que habia entablado mal la cuestion.  
—Hermanita, ¿sabes que tienes diez y siete años?  
—Cumplidos, hermano.  
—¿No has pensado en casarte pronto?  
Flavia sintió que el corazón le temblaba.  
—¿Qué estraña idea! dijo.  
—Buen, pero contesta.  
—Una señorita bien educada, espera á que piensen en eso por ella, replicó.  
—Es lo mismo.  
—¡Ah!  
—¿Pues bien; yo he pensado.  
—¿Tú!  
Y Flavia sintió que su corazón cesaba de latir.  
—¿Qué te parece mi amigo Raoul de Montaleat?  
Flavia se puso tan pálida como la luz de la luna que en aquel momento iluminaba el pabellon.  
—¡Yo... no sé!... jamás he... pensado... que...  
—¡Calle! dijo Victor; ¡yo creia que le amabas!  
—¿Yo?  
(Se continuará.)





